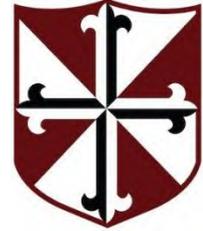


1. -- Sr. Kathleen Maire OSF <KathleenEMaire@gmail.com>
2. -- P. Jude Siciliano OP <FrJude@JudeOP.org>



1.

XXVII Domingo Ordinario (C)

9/28/2025

[Habacuc 1:2-3, 2:2-4; Salmo 95; 2 Timoteo 1:6-8, 13-14; Lucas 17:5-10](#)

Auméntanos la Fe

Hoy escuchamos el grito de los apóstoles, “Señor, auméntanos la fe.” Parece una súplica para ayuda. Jesús había acabado de darles a los discípulos una lista de instrucciones: Hay que respetar a los pobres; hay que proteger a los débiles; hay que perdonar a los que nos ofendan. A los apóstoles, la lista parece imposible, porque va en contra de lo que parece natural. Nuestro instinto es proteger y defender a sí mismo, no de poner prioridad en el otro. La naturaleza humana entiende la venganza y represalias. Esta enseñanza de Jesús va en contra de nuestros instintos, y es bien difícil aceptar.

Parece que los apóstoles reconocen que estas acciones de respeto, protección y perdón son signos del reino de Dios, pero no creen que tengan lo necesario para vivir así. Están pidiendo una fuerza más grande de lo que tienen. Piensan que necesitan un poder especial para cumplir con los requisitos del Reino. Entonces, con toda sinceridad buscan ayuda de Jesús, pidiendo un aumento de fe.

Es importante reconocer que para ellos, la fe no es un acento a doctrinas ni de enseñanzas, sino un compromiso de vivir según el ejemplo de Jesús. La fe es la manera en que nosotros colaboramos con la energía divina en la construcción del Reino de Dios. Es el poder de enfrentar situaciones de violencia y opresión y cambiarlas con la energía del Espíritu Santo. Es la colaboración con Dios que puede cambiar los hábitos negativos de comportamiento humano y crear nuevas maneras de actuar. La fe que piden los apóstoles se traduce como energía y fuerza y entrega.

Jesús no contesta esta suplica con una promesa de aumentar su fe. Más bien, habla de una semilla de mostaza, una semilla pequeña que produce una planta grande. Jesús está enseñando que ellos ya tienen lo que necesitan. El Espíritu de Dios, la energía, el poder de hacer lo bueno ya está con ellos. Solo que les falta entregarse completamente al trabajo.

Hoy en día, con la violencia que vemos en las calles de nuestras ciudades, con la tensión y desconfianza que existe entre la policía y comunidades de color, con el odio e insultos que escuchamos en la política, con la guerra que parece imposible resolver en Ucrania y Gaza, tal vez nuestra oración parece la del profeta Habacuc, “¿Hasta cuándo, Señor, pediré auxilio, sin que me escuches, y denunciaré a gritos la violencia que reina, sin que vengas a salvarme? ¿Por qué me dejas ver la injusticia y te quedas mirando la opresión?”

Como en el tiempo de Habacuc, el Señor nos responde que tenemos una visión del Reino, y que aunque tarda en llegar, llegará sin falta. Tenemos que vivir con fe: con la energía del Espíritu, con el poder de Cristo Resucitado, con la entrega de los apóstoles para hacer llegar lo que parece imposible, un mundo de paz y justicia.

Cada uno tenemos fe por razón de nuestro Bautismo. Tenemos que confiar en el poder de Dios, llevando nuestra energía, poder y entrega a la construcción del Reino.

Sr. *Kathleen Maire* OSF <KathleenEMaire@gmail.com>

2.

"PRIMERAS IMPRESIONES"

DOMINGO 27 -C-

5 de Octubre de 2025

[Habacuc 1:2-3, 2:2-4; Salmo 95; 2 Timoteo 1:6-8, 13-14; Lucas 17:5-10](#)

Por: *Jude Siciliano*, OP

Queridos predicadores:

El profeta Habacuc vivió en el caótico período de los siglos VII y VI antes de Cristo, durante el dominio babilónico. Pero su lamento podría rezarse en muchísimos contextos modernos : Ucrania, Gaza, Sudán, Myanmar , Siria, Etiopía, etc. Muchas naciones y pueblos podrían clamar con Habacuc: "¿Hasta cuándo, Señor? Clamo por ayuda, pero no me escuchas. Te grito: '¡Violencia!', pero no intervienes... Destrucción y violencia están ante mí, hay contiendas y discordia clamorosa". Imagino que un servicio de oración por cualquiera de las víctimas que sufren violencia, hambre y migraciones forzadas en todo el mundo podría usar la lectura de Habacuc de hoy como oración inicial. Al igual que quienes viven en

nuestros barrios marginales, que tienen que lidiar con barrios inseguros, educación deficiente para sus hijos y desempleo.

El lenguaje del profeta es atrevido y podría incomodar a los piadosos. ¿Cómo se atreve alguien a hablarle así a Dios! ¿Quiénes nos creemos, criaturas, que somos? Pero los profetas y los santos no tienen reparos en ser tan francos y honestos con Dios. Confían en que su relación con Dios es lo suficientemente fuerte como para soportar las quejas más fuertes. Puedes decirle cualquier cosa a un amigo muy cercano; exprésale tus sentimientos con toda su crudeza. Hay situaciones tan terribles, cuando un pueblo no tiene a quién recurrir y Dios es el único a quien quejarse y el único que escuchará con compasión. ¿Quién más tiene el poder de cambiar las terribles situaciones que están más allá del mero esfuerzo humano? Como Habacuc, con lágrimas en los ojos, contemplamos los males aparentemente insuperables del mundo y nos lamentamos: "¿Por qué tardas tanto, oh, Dios?".

Las amenazas que enfrentaban Habacuc y el pueblo de Judá no provenían solo de opresores externos como los babilonios. La muerte del reformador rey Josías impulsó al poder a su hijo, Joacim, quien revirtió los intentos de su padre por mejorar la nación y la suerte del pueblo. Habacuc clamó contra la corrupción de los líderes de Judá y advirtió que los babilonios pronto serían instrumentos del castigo divino. Qué duro es cuando la gente común sufre a manos de sus propias fuerzas militares y políticas corruptas. ¿Quién puede rescatar a los que carecen de poder? ¿Quién puede aliviar a los agobiados por la aflicción? No tienen poder terrenal al que recurrir; así que se vuelven y claman a Dios: "¿Hasta cuándo, Señor?".

Una de las tareas del profeta es identificar el dolor que experimenta el pueblo y expresar su lamento. Pero la segunda parte de la lectura de Habacuc refleja otra función del profeta: llamar a un pueblo sufriente a recurrir a Dios con fe y confianza. Puede parecer que Dios los ha olvidado en su miseria, pero el profeta los anima: «Porque la visión aún tiene su tiempo, avanza hacia su cumplimiento y no defraudará». Puede que Dios no esté dando una solución rápida a las dificultades actuales; pero sí está dando una visión en la que un pueblo angustiado puede depositar su esperanza.

Habacuc ofrece aliento a quienes se encuentran en apuros y no pueden ayudarse a sí mismos. Pero ¿qué pasa con quienes escuchamos las intenciones de Dios de ayudar a los afligidos? A través del profeta, escuchamos dónde está el corazón de Dios: con quienes no tienen a nadie a su lado y no pueden ayudarse a sí mismos. Así, al escuchar lo que Dios ha prometido a estas personas, se nos insta a hacer algo por ellas, ya sean víctimas de violencia e injusticia locales o del mundo. Y

para quienes ya participan en esfuerzos para ayudar a quienes sufren hambre, opresión, violencia, plagas como el SIDA, guerras, etc. , la visión del profeta puede sostenernos en nuestros largos esfuerzos. La "visión" nos asegura que Dios está con nosotros en nuestra preocupación y trabaja con nosotros para ayudarnos a "seguir adelante, seguir adelante". Quienes se esfuerzan por marcar la diferencia contra adversidades aparentemente imposibles pueden sucumbir al desánimo y agotarse. Si bien la primera parte de la lectura de Habacuc puede servir como una oración por quienes están atrapados por fuerzas poderosas y crueles, La segunda mitad es un estímulo para aquellos que han escuchado el llamado a unirse a la lucha para liberar a los oprimidos y ser esperanza para los desesperados.

En el evangelio de hoy, los apóstoles expresan a Jesús su urgente necesidad. Debemos considerar el contexto de su petición. Jesús acaba de instruirles sobre las graves consecuencias de hacer pecar a otro ("mejor que les pongan una piedra de molino al cuello...") y también les ha dicho que deben perdonar a alguien, incluso si esa persona "...les hace daño siete veces al día". Se requiere una fe enorme para vivir las enseñanzas de Jesús y afrontar las exigencias del discipulado. Un discípulo puede sentirse fácilmente incompetente. ¿Adónde acudir? —los discípulos lo saben— y le piden a Jesús: "Auméntanos la fe". Quieren más fe para poder ser el tipo de discípulos que Jesús les enseña a ser.

Pero Jesús desvía su atención de la cantidad a la calidad de la fe que ya poseen. Incluso una pequeña fe, "del tamaño de un grano de mostaza", puede ser muy poderosa y requiere una acción apropiada. Si esperamos una dosis de una fe heroica imaginaria, corremos el riesgo de quedarnos de brazos cruzados sin hacer nada. Jesús anima a sus seguidores a olvidar cuánta fe creen o sienten tener. Deben actuar conforme a la fe que ya tienen. Por ejemplo, una persona con una "fe del tamaño de un grano de mostaza", al escuchar el lamento de Habacuc hoy, se pondría a hacer algo para enmendar las cosas, ya sea en su familia inmediata, en su comunidad eclesial local o en el mundo en general.

Jesús nos dice que necesitamos tener fe en el poder de Dios. Con un poco de fe, los discípulos podríamos lograr grandes cosas. Quienes escuchaban a Jesús sin duda se habrían impresionado con el ejemplo que dio sobre la capacidad de la fe para arrancar el morera. Era notoriamente difícil de desenterrar. Sus raíces eran profundas, extensas y lo suficientemente fuertes como para penetrar un cimiento de roca. Jesús invitó a los apóstoles a confiar en la fe que tenían y a actuar conforme a ella. No hay excusas para no tener suficiente fe; eso es solo una táctica dilatoria, una excusa para la inacción y demuestra falta de fe en el deseo de Dios de obrar a través de nuestros esfuerzos. Jesús nos anima a tomar los riesgos necesarios para

enmendar las cosas. Por nosotros mismos, quizá no podamos erradicar males profundamente arraigados y patrones destructivos, pero sí podemos con nuestra fe en Dios, como un grano de mostaza.

Jesús cuenta una parábola sobre un siervo muy trabajador que cumple con su deber. Los discípulos, dotados de una fe tan grande como la de un grano de mostaza, deben dedicarse a la labor, a veces muy ardua, que nuestra fe nos insta a realizar. Debemos dejar de lado cualquier pensamiento de recompensa o reconocimiento, ya que nos distrae de las labores que tenemos por delante. Quienes trabajamos en el ministerio de la iglesia podemos desviarnos de lo que debemos hacer si damos demasiada importancia a nuestra popularidad, reputación o éxito en la realización de grandes proyectos. Si creemos ser tan importantes por lo que hemos hecho, el aleccionador recordatorio de Jesús debería aclararnos las cosas: «Cuando hayan hecho todo lo que se les ha ordenado, digan: 'Somos siervos inútiles; hicimos lo que debíamos hacer'».

¿Somos simplemente siervos inútiles después de todo? ¿Somos solo herramientas en la caja de herramientas de Dios, útiles para tareas específicas, pero meros instrumentos en las manos de Dios para llevar a cabo un plan divino que requiere nuestra cooperación y habilidades? Claro que no. De hecho, en nuestro trabajo para el Señor logramos mucho, a veces de inmediato, pero sobre todo a lo largo de una vida de servicio diario y labores aparentemente insignificantes. La parábola del siervo nos recuerda que debemos mantener el enfoque. Ya sea mediante un esfuerzo titánico o la fidelidad diaria a nuestros roles en la vida, nuestros logros se deben a que Aquel que nos ha llamado a nuestras tareas ha obrado a través de nosotros. ¿Está Dios agradecido por nuestra fidelidad? Por supuesto. Pero no dejemos que se nos suba a la cabeza; mantengamos las cosas en perspectiva. Somos siervos, entendemos nuestros roles. Dios no nos debe ninguna recompensa garantizada por nuestro trabajo. Nuestro ministerio dará fruto, pero cuánto y cuándo está en manos de Dios. Hacemos lo que Dios nos ha llamado a hacer. ¿Y no estamos agradecidos de no ser nosotros los que mandamos, sino sólo siervos?

Haga clic aquí para obtener un enlace a las lecturas de este domingo.

<https://bible.usccb.org/es/bible/lecturas/100525.cfm>

P. Jude Siciliano, OP <FrJude@JudeOP.org>